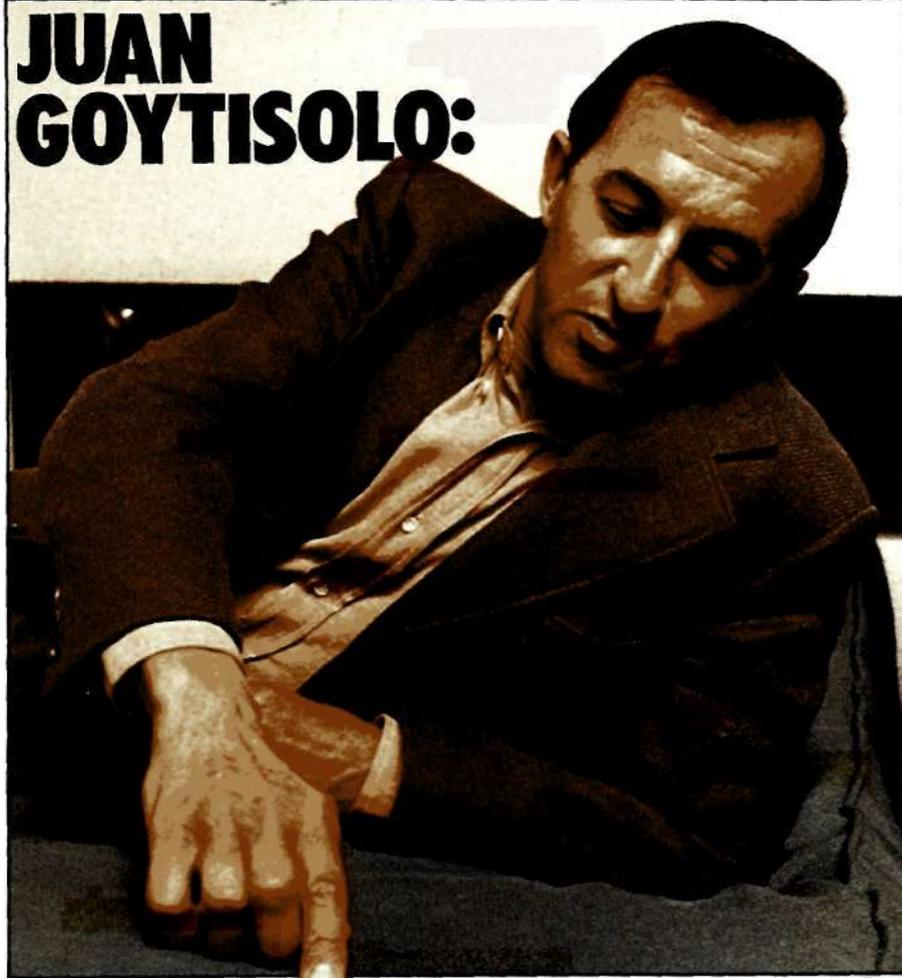


JUAN GOYTISOLO:



NI DIOS, NI AMO

ERNESTO PARRA / FOTOS MARIO PACHECO

La Historia ha demostrado que toda iglesia tiene su hereje: la de Roma, Lutero; la de Marx, Bakunin. También la Historia ha testimoniado que ambas "instituciones" han canjeado su capacidad revolucionaria por la difusión ecuménica de sus ideologías, en función de una estructura de poder paternalista y represora. Pero existe, además de la herética, una expresión más contundente de la crítica: el disidente (vocablo reivindicado por Juan Goytisolo) si bien este oficio, mezcla de nómada y jéglar que se mofa tanto de una cultura jerarquizada y de logotipos, como de sus modos caducos de manifestarse (el lenguaje del poder), tiene ya ocho siglos de antigüedad y no es otro que el mester del goliardo.

El goliardo, frente a la escayolada cultura oficial, adopta una actitud de saltimbanqui: fabulador anónimo, opuesto a las estructuras de poder, que reciben su sátira como objeto unívoco de su poética de la libertad. El goliardo, en la Edad Media, desarrolla un bakuninismo *avant la lettre*, imitación supina del socialismo sin estado, o las formas de la naturaleza. El disidente —en sucesivas etapas: Juan Ruíz, Rojas, Blanco White, Valle Inclán— ha ofrecido una actitud revolucionaria sin parcelaciones ni complejos, sin ortodoxias, sino más bien con la heterodo-

xia que es irrefutablemente la coherencia del *hacedor* y, en concreto, del poeta: desertor de todas las causas.

Así pues, y respetando sus propias claves, para presentar a Juan Goytisolo evitaremos el sumario de sus obras (revelación impropia), los ataques que en periódicos y revistas haya dirigido contra universos extintos (el colonialismo y sus consecuencias saharauis, la voz de Tierno y su ortodoxia), o las conferencias tergiversadas por los sordos que las agencias de prensa ahora llaman enviados.

Juan Goytisolo. Su escritura es la manifestación de una disidencia. Identidad buscada y que al final, como la del halaiqui: puede ser cualquier plaza de cualquier zoco, universidad o diario: territorios trashumados que este mercachifle nómada (entre el lumpen neoyorkino/bostoniano y el de Marrakesh) interpreta indistintamente como crítico practicante y fabulador de fortuna, en medio del corrillo de oyentes felices o sorprendidos.

Juan Goytisolo: ni Dieu, ni Maitre.

— ¿De qué vías dispone el disidente en la actualidad? ¿Qué actitudes puede adoptar?

— Cuando titulé "Disidencias" el volumen de ensayos que reúne mis trabajos literarios de los últimos años, lo hice por una razón muy precisa. Mientras traducía la obra inglesa de Blanco White me había llamado inmediatamente la atención el hecho de que cuanto Blanco escribía respecto a la Iglesia y ortodoxia de su siglo era muy similar a lo que los actuales disidentes de la URSS y países del Este dicen acerca del monolitismo ideológico de las sociedades totalitarias en que les ha tocado vivir. Como las iglesias católica y anglicana en la época de Blanco White, la casta que acapara el poder en la URSS actúa como si fuera eterna, no quiere verse reflejada en el espejo del tiempo y descubrir sus arrugas, confunde su voz con la voz del pueblo, no persigue en realidad más que la manera de perpetuarse. La lucha de Blanco y los numerosos disidentes españoles que le precedieron —el primero y más ilustre de ellos, Fernando de Rojas— fue ante todo la lucha contra un lenguaje ocupado y manipulado por la ideología en el poder, un lenguaje que había pervertido totalmente su léxico y su sintaxis: un lenguaje congelado, vacío, solemne, de una seriedad litúrgica realmente fúnebre. Un análisis comparado de las encíclicas papales y los discursos de Brejnev mostraría claramente este paralelo: la misma pomposidad, gravedad, suficiencia, putrefacción de unas fórmulas consagradas, gastadas hasta la médula. Recuerdo que un hispanista soviético, traductor al castellano de la "literatura política" de su país, me confió una vez que su tarea era muy cómoda: para alguien experimentado como él, resultaba muy fácil adivinar, a partir de una simple frase, el contenido del párrafo que le iba a seguir, en la medida que cada folleto o discurso tenía un armazón, una especie de esquema de frases articuladas en las que una arrastraba fatalmente a la otra, esto es, una especie de argumento-crucigrama que el traductor se limitaba a rellenar con muletillas y frases hechas. Frente a este lenguaje canonizado, yerto, monopolizado por el poder, el disidente, llámese Blanco White, Bulgakov o Zinoviev se ve obligado a emprender una labor subversiva y desmitificadora, destinada a minar el orden semántico impuesto por la ideología ocupante. En dicha labor, la sátira, la ironía, desempeñan un papel primordial: son el arma que emplea el escritor para recuperar el lenguaje, poner al desnudo la petrificación del sistema, apuntar el lado grotesco y ridículo de los pontífices y bueyes procesionales. Las observaciones de Bajtin sobre los espacios de libertad del carnaval, las burlas rabelesianas de la religión oficial y dogmática se aplican perfectamente a la actual literatura viva que nos viene de la URSS —y no me cabe la menor duda de que, hablando del pasado, Bajtin apuntaba igualmente, con astucia, a las iglesias políticas de hoy. Volviendo a mi libro: está muy claro para mí que Rojas fue un disidente respecto a la vida española de su tiempo: disidente a la vez tocante a la sociedad que perseguía cruelmente a su familia y miembros de su casta, y respecto a la tradición literaria a la que tan admirablemente se enfrenta en "La Celestina". Doble rebeldía, pues: artística y moral. Si la literatura es, según la conocida expresión de Pavese, "una defensa contra las ofensas de la vida", podríamos trazar una historia literaria a partir

de las sucesivas respuestas de escritores como Rojas, Cervantes, etc. a las situaciones de asfixia que inevitablemente engendran el estado totalitario y el pensamiento ortodoxo y llegar a la ecuación Escritura = Disidencia.

— **Creo que la postura de disidente, en cuanto a tí se refiere, está absolutamente definida. Tiempo atrás las lecturas de Gramsci y Rosa Luxemburgo te han interesado especialmente. ¿Qué ha supuesto el marxismo, para tí, como experiencia global?**

— Mi descubrimiento del marxismo fue

cambiante (la revolución técnica y cultural, el descubrimiento picassiano del "museo imaginario" que permite "saquear" el arte y escritura de todas las épocas y civilizaciones) en el marco de unos cánones establecidos de una vez para siempre es incurrir en un auténtico caso de formalismo (para mí no hay nada más formal que el llamado "realismo socialista"). En estos años escribí dos o tres ensayos muy lukacsianos que en realidad tenían muy poco que ver con mi propia escritura: como ocurre con el noventa por cien de los ensayos españoles, no era producto de una experiencia literaria

apreciación resulta tan gratuita como la del burgués bienpensante que identifica anarquismo con barbarie. **Ahora bien, ¿la filosofía de Bakunin (entre el antiautoritarismo y la antisocialburocracia) no deviene iluminadora como método crítico ante los regímenes marxistas en vigor?**

— Si nos remontamos a la célebre polémica entre Marx y Bakunin —a la que **Cuadernos de Ruedo Ibérico** dedicó recientemente un número especial de gran interés— comprobamos en efecto que si la historia, los hechos, han dado la razón a Marx —hoy, casi un tercio de la humanidad vive en sociedades que se autoproclaman marxistas, e incluso el capitalismo ha modificado enteramente su rumbo incorporando en sus mecanismos, por razones de autodefensa, una serie de elementos sacados del cuerpo de ideas de **El Capital**— el futuro pertenece sin duda a Bakunin. Tanto el capitalismo "corregido" de las sociedades socialdemócratas, como el modelo (o antimodelo) autoritario reinante en la URSS, China, Cuba, etc. reclaman a gritos una revolución de tipo ácrata en su doble vertiente individualista y comunitaria.

Tomemos las sociedades industriales de Occidente, económica y culturalmente desarrolladas: los esquemas leninistas, trotskistas, maoístas, guevaristas, etc. tienen muy poco que ver con las aspiraciones reales no ya del llamado bloque histórico favorable a un cambio social, sino incluso de la clase obrera propiamente dicha. El economicismo a ultranza de los movimientos revolucionarios marxistas los ha aislado de los deseos y necesidades nuevas de las masas en la medida en que aquellos no se plantean, o no se han planteado hasta hace muy poco, un conjunto de problemas hacia los cuales los ácratas se han mostrado desde siempre mucho más sensibles: derechos ciudadanos, libertades individuales, condena del trabajo enajenado, crítica de la industrialización como presunto agente liberador del ser humano, feminismo, defensa del hábitat natural, denuncia del consumismo, etc. Como nos muestra el actual ejemplo español, hasta los grupos marxistas o marxista-leninistas más cerrados empiezan a sufrir un saludable contagio del virus anarquista.

En la URSS y países del Este, la "contaminación" es todavía más clara. La jerarquización del poder, el monolitismo ideológico, el dualismo entre dirigentes y dirigidos, la negación de las libertades y derechos más elementales otorgan a la lectura de Bakunin un carácter profético. Por no haber tomado en cuenta sus advertencias, el paraíso creado por los partidos marxista-leninistas en el poder se ha transformado en algo totalmente distinto de lo previsto: tras el espejismo del **hombre nuevo** (concepto que, por otra parte, huele fuertemente a cristianismo) lo que ha surgido es la triste realidad del **bárbaro viejo**. Los movimientos que brotan y brotarán cada vez con mayor fuerza en estas sociedades (exigencias de democratización, libertad política e ideológica, crítica de los líderes, etc.) constituyen igualmente una especie de desquite póstumo de Bakunin frente a su viejo rival.

Como ha observado Alvarez Junco en el número monográfico de **Cuadernos de Ruedo Ibérico**, el "socialismo" estatal de tipo autoritario no puede tentar sino a las



bastante temprano, si se tiene en cuenta el medio del que provenía y lo que era España en 1950. Mi hermano Luis y yo asistíamos a la tertulia literaria del Bar-Club, frecuentada asimismo por Sacristán y Castellet, y allí se discutía de marxismo, compromiso político, etc. Leíamos revistas comunistas francesas introducidas clandestinamente en España y, como resultado de ello, una buena parte de mis compañeros acabaron ingresando en el PC. Luego, en París, empecé a leer al propio Marx, Engels y, sobre todo Lukács que fue desdichadamente, por espacio de cuatro o cinco años, mi inseparable mentor. Digo desdichadamente pues aunque su altura intelectual esté fuera de duda y no incurriera nunca, a diferencia de otros intelectuales ortodoxos, en la demagogia aberrante del estalinismo, su conservadurismo estético, su fascinación ante el arte y la literatura burgueses influyeron en mi trabajo de aquellos años: no es casualidad si la peor novela que he escrito, **La Resaca**, mereció sus más vivos elogios, transmitidos a través de un amigo común. Lukács, como Lenin, consideraba el realismo del XIX como la cumbre del arte, y ambos juzgaban la literatura contemporánea a través del prisma de Balzac o Tolstoi. Uno y otro defendían un concepto anquilosado del realismo, y condenaban la vanguardia (basta recordar los ataques de Lukács a Proust, Joyce, Kafka, el surrealismo) sin comprender en absoluto que el mundo nuevo en que vivían exigía la invención, la búsqueda de un lenguaje nuevo (lo que ellos tildaban despectivamente de formalismo) siendo así que, muy al contrario, intentar apresar la realidad

personal, sino de una apresurada ingestión de lecturas mal digeridas

Por fortuna para mí, mis frecuentaciones posteriores fueron menos ortodoxas. Primero Gramsci (que leí en italiano, pues el PC francés se oponía entonces a su traducción) y luego Trotsky y, sobre todo, Rosa Luxemburgo, cuya lectura viva de Marx me sigue pareciendo fundamental. De los autores contemporáneos el que más ha influido sobre mí es, probablemente, Marcuse. Pero cuando lo leí había abandonado ya mi adscripción exclusiva al marxismo, si por ello se entiende el hecho de contemplar la totalidad de la vida a través del prisma único de una ideología. El marxismo forma parte hoy de la cultura contemporánea y, querámoslo o no, todos nos hallamos impregnados de él. Pero lo mismo ocurre con una serie de pensadores como por ejemplo Freud, y no me considero marxista en el sentido estricto como tampoco me considero freudiano. En realidad, ningún sistema ideológico puede abarcar ni explicar la totalidad de la existencia del hombre y el mundo sin convertirse fatalmente en un sistema totalitario: el estalinismo lo demostró a las claras con Zdanov y Lissenko.

En los últimos años, mis lecturas políticas se han orientado más bien hacia el pensamiento ácrata: Fourier, Bakunin, Chomsky.

— **El freudomarxismo actual ha echado mano del esquizoanálisis para calificar a Bakunin de neuropata e ingenuo. O lo que es igual: remozar el viejo mote de Plejanov identificando bakunismo con decadencia del utopismo. Tan saludable**

sociedades explotadas y miserables del Tercer Mundo. A causa de su organización rígida, casi militar, es la forma más eficiente de sacarles del subdesarrollo e ignorancia en que hasta hoy les mantiene el imperialismo. Pero una vez logrado esto —lo que mi hermano Luis comparaba hace poco a los primeros auxilios dados a un accidentado— el llamado socialismo autoritario se ha revelado absolutamente incapaz de mejorar y transformarse. Lo primero es, desde luego, dar de comer a un pueblo hambriento (cosa que el capitalismo no hace en las sociedades del Tercer Mundo que explota despiadadamente). Pero no hay que olvidar (y esto los regímenes de modelo soviético no lo tienen en cuenta) que los derechos humanos comienzan, y no terminan, con el derecho de comer.

— Bakunin decía: "el poder corrompe, y el poder absoluto corrompe absolutamente". Las experiencias revolucionarias (y en especial en el siglo XX) han demostrado incluso su incapacidad para mejorar un sistema económico, de modo que los medios de producción acaban siendo origen de represión, ¿no crees?

— El marxismo ha denunciado con toda razón la explotación económica del hombre por el hombre, esto es, la apropiación de la plusvalía del trabajador por parte del capital, pero ignora o descuida en cambio una

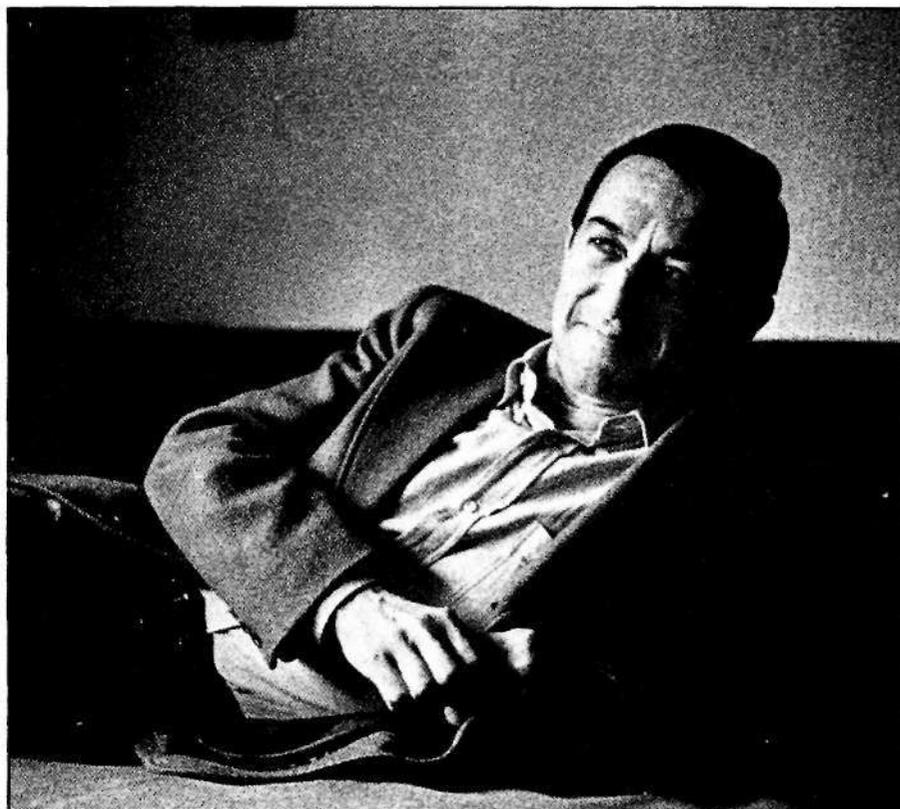
Marx, que decide lo que se puede y no se puede leer, quién puede y no puede viajar, cuál es la forma ortodoxa de pensar y hacer el amor, y un larguísimo etcétera. En el borrador de un proyectado manifiesto ácrata, escrito para ser discutido por un grupo de intelectuales simpatizantes, Francisco Carrasquer se pregunta por qué es realista para la izquierda combatir el apetito, tan extendido, de acumulación de propiedad privada, y es irrealista, en cambio, combatir el afán de poder, siendo así que quienes viven obsesionados por él, los enfermos del poder, son sólo, por suerte, un porcentaje mínimo de la especie humana. Razonar de modo pesimista diciendo "siempre habrá dirigentes y dirigidos", ¿no es acaso incurrir en el viejo sofisma de "siempre habrá esclavos y amos", "capitalistas y proletarios", por no hablar del argumento machista que justificaba hasta hace pocos años el status secundario y oprimido de la mujer? La sociedad futura podría plantearse la corrección de las tendencias destructivas al mando como combate ya las tendencias destructivas del pirómano o del asesino nato. Sin remontarnos a lo largo de la historia, y ciñéndonos a lo ocurrido en este siglo, cualquiera puede comprobar que decenas de millones de hombres han muerto por decisiones tomadas por individuos sedientos de poder: frente a tales hechos, parece lógico y razonable que la so-

del poder consiste en impedir que el poder se adueñe de ellos. Este planteamiento no es en modo alguno utópico, sino necesario y apremiante. La humanidad debe acabar no sólo con los explotadores económicos sino también con los fúhrers, timoneles, caudillos, benefactores, líderes máximos. En cualquier caso, coincido totalmente con Carrasquer cuando dice que, aunque no se pueda tal vez prescindir enteramente del poder, "la justicia y libertad de la humanidad ha sido, es y será inversamente proporcional a la cantidad de concentración de poder, y directamente proporcional a la influencia de la mentalidad ácrata en el mundo".

— Existen dos experiencias revolucionarias recientes: acerca de la china, no se qué referencias y datos posees, pero imagino que de la cubana tendrás una información más amplia. Y, además, has estado varias veces allí.

— De la revolución china no puedo opinar por la sencilla razón de que jamás he estado en China e ignora la historia, la cultura y la lengua de este país. He leído algunos libros sobre el maoísmo, como todo el mundo, pero ello no basta para juzgar una experiencia que afecta al destino de mil millones de personas. Creo que el maoísmo, como todos los sistemas "socialistas" autoritarios, ha procurado los primeros socorros a esta enorme masa de "accidentados": les ha dado de comer y vestir, lo que, si tomamos como punto de partida la presunta democracia burguesa de la India, significa a todas luces un gigantesco avance (el régimen de economía liberal mantiene en cambio a las masas del Tercer Mundo en una situación de miseria infrahumana). Con todo, pienso que la izquierda occidental ha procedido a una idealización de la experiencia maoísta, repitiendo los mismos esquemas e incurriendo en los mismos errores de hace cuarenta años respecto a la Unión Soviética. Ahora, cuando a raíz del Informe Juschev y el consiguiente derrumbe del mito estalinista, ha abierto por fin los ojos en lo que concierne a la URSS, gran parte de sus miembros mantienen una especie de piadoso autoengaño sobre China, sobre el hecho evidente de que el estalinismo sigue allí perfectamente vivo y coleando. Destruída la imagen del paraíso soviético, se obstinan en forjar la de un paraíso sucedáneo, llámese China, Cuba, Vietnam (conozco incluso algunos devotos del edén albanés y del de Corea del Norte).

Los continuos vaivenes de la política china de los últimos veinte años obligan a sus desdichados incondicionales de Occidente a unos extraordinarios ejercicios de gimnasia mental, a una serie de piruetas dialécticas que serían grotescas si no fueran, cuando menos para mí, francamente penosas: la prueba irrefutable de la alienación existente en el campo de nuestra izquierda. Quienes ensalzaban la experiencia de las Cien Flores tienen que entonar inmediatamente desnudos el hosanna al Gran Salto Adelante; los panegiristas de la Revolución Cultural y denigradores de Confucio, aplaudir la reintroducción de los criterios de rentabilidad y proclamar que aquel pensador había sido calumniado por la siniestra "banda de los cuatro". Los incondicionales prochinos demuestran ser excelentes acróbatas cuando, después de haber puesto por



explotación igual o peor: la explotación política que lleva a cabo el poder, la apropiación de una parte o la totalidad de las libertades inherentes al ser humano por los representantes de aquél. Mientras Marx se limita a combatir el capital privado y la explotación económica, Bakunin, mucho más audaz y revolucionario, condena al estado, este funesto usurpador de nuestras libertades políticas, económicas, culturales, físicas, etc.: este monstruo, no previsto por

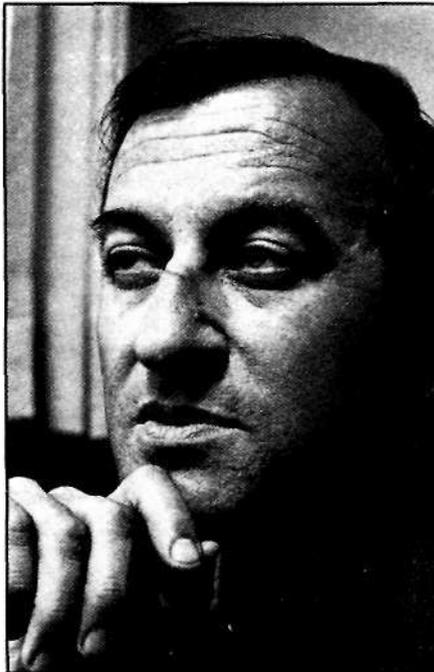
ciudad elabore mecanismos de autodefensa. Los crímenes del doctor Petiot, Jack el Destripador o el Barba Azul de Texas resultan ridículos y artesanales al lado de los llevados a cabo por Hitler, Stalin y congéneres. Dada la extrema dificultad en desalojar a los líderes una vez que ocupan el mando —ahí tenemos el ejemplo de Franco, que murió en la cama— habría que llegar a la siguiente conclusión: el mejor modo de impedir que tales individuos se adueñen

las nubes a Lin Piao, lo acusan de la noche a la mañana de traidor; cuando, después de haber levantado a la esposa de Mao hasta los cuernos de la luna, deben admitir que se había confeccionado un traje de emperatriz y asistía con sus compinches de la banda a sesiones de cine porno soviético —imagino que protagonizadas por bragados stajonovistas y manuales, expertas heroínas del trabajo.

Evidentemente, nos encontramos ante un fenómeno de orden religioso: lo que nos ofrecen numerosos libros y publicaciones presuntamente revolucionarios no son argumentos ni razones sino actos de voluntad y, sobre todo, profesiones de fe, algunas de ellas muy próximas al célebre **credo quia absurdum** de Tertuliano: como decía hace poco la viuda de Thorez en un programa de televisión, el socialismo soviético era para ella tan claro como dos y dos son cuatro e incluso **dos y dos son cinco**.

— ¿Y la experiencia de Castro?

— De la experiencia castrista puedo hablar con mayor conocimiento de causa, en cuanto he visitado Cuba varias veces, en fases muy distintas del proceso revolucionario y, a pesar de la escasez actual de informes fidedignos, sigo de cerca, lo mejor que puedo, lo que allí ocurre. Diré de entrada que he defendido, definiendo y defenderé siempre la necesidad histórica de la revolución cubana. Desde su independencia de España, Cuba, como la totalidad de países de Hispanoamérica, se hallaba sometida a una explotación desenfadada por parte del capitalismo norteamericano y su propia burguesía: la corrupción, el analfabetismo, la miseria reinaban en ella como reinan hoy en la mayor parte del continente (aún en un país rico y dotado de un régimen democrático burgués como Venezuela, el pueblo de los "ranchitos" vive en condiciones absolutamente inaceptables). La revolución de Castro acabó en muy poco tiempo con este estado de cosas: eliminó las desigualdades más escandalosas de antes, procuró una serie de beneficios sociales inmediatos, erradicó el analfabetismo, etc. Es decir, proporcionó los primeros socorros a una serie de sectores de la población (subproletariado de las chabolas, campesinado) que no habían alcanzado hasta entonces el umbral de dignidad mínimo de los seres humanos. **Pero si el modelo autoritario seguido por Castro pudo ser la condición necesaria al progreso del pueblo, hoy es evidentemente un obstáculo.** Como el PC soviético, el cubano parece totalmente incapaz de democratizarse, de abandonar sus hábitos autoritarios, de procurar al pueblo otros derechos más allá de los estrictamente elementales. Es decir, si Castro ha liberado a un gran sector del pueblo de la miseria y humillación de antes, mantiene hoy a la totalidad de la población en un estado de perpetua minoría legal, de frustración e impotencia en la medida en que controla absolutamente los mecanismos de poder, ha confiscado la totalidad de derechos políticos, ha impuesto una censura férrea, ha establecido una policía omnimoda. Las previsiones de Bakunin, las advertencias de Rosa Luxemburgo a Lenin encajan perfectamente con la práctica social de la revolución cubana: la dictadura del proletariado se ha transformado en la del partido, la del par-



tido en la del comité central y la de éste en la del secretario general, Líder Máximo y Comandante en Jefe, que acumula en sus manos todos los poderes, sin límite ni freno algunos. Es Fidel Castro quien decide de todo, absolutamente de todo: desde la cría de vacas y fabricación de quesos a lo que debe sembrarse y se autoriza leer (sus pnegiristas citan con arrobo el hecho de que permitiera en 1966 la primera y única edición de **Paradiso**). A principios de los sesenta, recuerdo que lanzó la idea del "cinturón de la Habana": había que sembrar café alrededor de la capital en lugar de tener que ir a buscarlo a Pinar del Río. Era un época de gran entusiasmo popular y la gente se apuntaba para plantar después del horario habitual de trabajo: un verdadero despliegue de energía, voluntario, espontáneo. Yo estaba muy impresionado por este esfuerzo colectivo y recibí una verdadera ducha de agua fría cuando Carlos Franqui me advirtió confidencialmente que el café no crecería allí jamás, porque no era aquella una tierra idónea para sembrar cafetales. El es de origen guajiro, y sabía de lo que hablaba. Le pregunté entonces por qué malgastaban tanto tiempo, entusiasmo, energía por una empresa condenada a fracasar (cosa que efectivamente sucedió: dos años después nadie hablaba ya del "cinturón de la Habana" y para suplir la baja espectacular del trabajo voluntario hubo que resucitar leyes contra la ociosidad y vagancia muy similares a las que existían en tiempos de la colonia); y Franqui me respondió con una sonrisa: "Es una decisión personal de Fidel. ¿Quién le cuelga el cascabel al gato?" Por las mismas fechas —para citarte otro ejemplo— el director del ICAIC, Alfredo Guevara, a quien yo había manifestado mi preocupación por los ataques de que era objeto por parte del antiguo núcleo directivo del PC cubano (Blas Roca, Vicentina Antuña, etc.) en relación a su relativa manga ancha en materia de proyecciones cinematográficas (había permitido el pase de **Ocho y medio** de Fellini) me aclaró su política cultural en estos términos: "Lo que Blas Roca y demás

no saben es que, antes de comprar una película o autorizar un guión le cuento el argumento a Fidel, y si le gusta, pues adelante" Hablar de democracia, y participación popular en este contexto es una perversión del lenguaje. Fidel entronca con la tradición hispanoárabe del caudillo: gobierna a Cuba como a una finca. Liquidó los latifundios (entre ellos los de su propia familia) pero hoy administra uno infinitamente mayor: la isla entera.

No creo que la degeneración del proyecto revolucionario cubano obedezca a un deliberado maquiavelismo de Castro. La geopolítica explica muchas cosas y en cierto modo le disculpa. En 1959 el Movimiento del 26 de julio quería acabar con las características del subdesarrollo político-económico que Cuba tenía en común con las otras naciones del Caribe: el monocultivo, el ejército como pilar de la vida nacional, el caudillismo, la dependencia del imperalismo norteamericano. Sé, me consta, fui testigo de los esfuerzos realizados por salir de este esquema del subdesarrollo en que los USA mantienen a los países de la zona. Por eso es muy triste comprobar que, queriendo escapar al monocultivo, han vuelto a caer en él (la explotación corre hoy a cuenta del estado y no de los capitalistas; pero los macheteros siguen sin poder decidir acerca de la utilización de los frutos de su propio trabajo); que el ejército continúa siendo la columna vertebral de la nación (la sociedad cubana de hoy es una sociedad en estado de movilización permanente); que Fidel ejerce las prerrogativas de un verdadero caudillo; y que, si lograron zafarse de las garras del capitalismo norteamericano, ha sido para caer en la dependencia política, económica e ideológica de la Unión Soviética. Insisto en que los sectores menos favorecidos de la población en la anterior sociedad han salido ganando con el cambio. **Pero el esquema autoritario de la revolución bloquea hoy cualquier posibilidad de mejora más allá de la esfera social y económica más elemental.** El pueblo ha aprendido a leer, pero para ser sometido a una mentalización sin precedentes; la censura es bastante más severa que la que existía en España durante los últimos quince años de Franco. Las revistas literarias son de un nivel ínfimo, las tribunas de discusión marxista han sido clausuradas. Como en Alemania del Este, el régimen fabrica excelentes deportistas, pero ha acabado con los pensadores. **El desarrollo muscular ha coincidido con la atrofia cerebral.** Esto está más claro que el agua, aunque por A o por B muchos se obstinan en no verlo ni quieran enterarse. Yo, por mi parte, apoyé a la revolución cubana cuando había que apoyarla, y dejé de hacerlo el día en que comprobé que había pasado a ser un freno y no el motor del progreso del pueblo.

— En repetidas ocasiones tanto el radicalismo de Moscú como el de Cuba han definido con claridad y contundencia su postura ante el disidente o cualquier iniciativa de rebelión (Hungría, Checoslovaquia). La capacidad revolucionaria en la izquierda parece estar literalmente extirpada. El paternalismo sustituye a la crítica y la obnubilación resulta el mejor antídoto para ignorar verdades.

— La autocensura de la izquierda sigue fun-

cionando hoy con una salud envidiable. Como decía Enzensberger en uno de sus ensayos "desde hace cincuenta años subsiste en nosotros el hábito de mentir sabiendo que se miente". Las razones de este ejercicio penoso son las mismas de siempre: no dar armas al enemigo, no desanimar a los compañeros que no "saben", etc. Lo único que ha cambiado es su campo de aplicación: hoy, por ejemplo, se puede ser marxista, comunista, leninista, y criticar sin complejos la práctica social de la Unión Soviética; nadie o casi nadie se escandaliza ya cuando Ellenstein o Azcárate hablan de la URSS en términos de antimodelo. Pero el tabú se ha desplazado a otros países, otras áreas: para unos es Cuba, para otros China, para algunos Vietnam... Cuandos los tribunales soviéticos condenan por motivos groseramente falsos, a un disidente como Guinzburg, asistimos a una verdadera tempestad de protestas en las filas socialistas o comunistas de los países de Occidente.

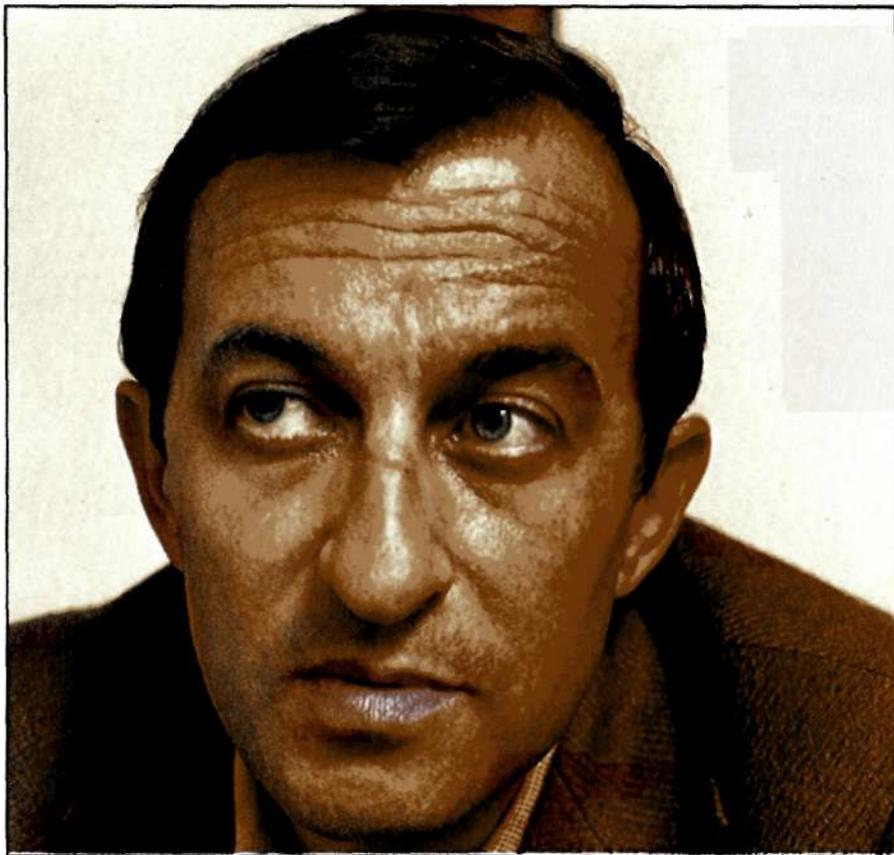
Cuando un tribunal cubano condena a 29 años a una mujer de un pasado revolucionario ejemplar como Martha Frayde, en razón de su desacuerdo político, pero acusándola falsamente de ser agente de la CIA, nadie dice palabra. Para el inefable Tierno Galván, las autoridades cubanas "respetan hasta el máximo las libertades humanas". Este hábito de ocultar la verdad, la izquierda lo tiene metido hasta el tuétano. "Camp de l'arpa" publicaba recientemente una carta de Orwell explicando la censura de que fue objeto en la prensa socialista inglesa cuando quiso contar lo ocurrido en España con el POUM: incluso su editor se negó a publicar su "Homenaje a Cataluña". Esto ahora choca, porque hasta el propio Carrillo lamenta el sectarismo antitrotskyista de aquella época. Pero la autocensura se mantiene con respecto a realidades contemporáneas muy semejantes. Cuando K.S. Karol escribió su libro sobre Cuba, pasó varios años sin encontrar un editor de lengua castellana y, cuando al fin salió en España, la prensa de orientación izquierdista guardó un completo silencio. La necesidad de preservar la pureza del mito castrista le cerró todas las puertas, como se las cerró a Orwell en 1937 la necesidad de no manchar la imagen del Frente Popular. El mismo razonamiento miserable contagia a la casi totalidad de la clase política: los dirigentes socialistas de los años treinta creían o fingían creer en el contenido de las actas de acusación de los procesos de Moscú contra Bujarin y otros líderes revolucionarios; Felipe González cree o dice creer a los gobernantes de Argel cuando le cuentan que Ben Bella no está preso, sino que se halla voluntariamente recluido (¡por lo visto sufre de agorafobia!). Si la izquierda quiere acabar de una vez con su actual postración y ofrecer una alternativa revolucionaria creíble debe liberarse de estos hábitos autojustificativos, de estas mentiras piadosas. Octavio Paz citaba hace poco la frase de uno de los héroes de la Comuna de París: "el que cuenta al pueblo falsas leyendas revolucionarias es tan criminal como el que dibuja cartas de navegación mentirosas". La experiencia desdichada de este medio siglo debe hacernos comprender la importancia de la frase gramsciana: la verdad es siempre revolucionaria.

— Partiendo del antiautoritarismo, prescindiendo de la derecha, que se descalifica por sí sola, y desde una perspectiva crítica, ¿dónde situarías las bases para la revolución permanente?

— Situándome, como me sitúo, en una perspectiva optimista, abierta al futuro —no conozco nada más derrotista que este empeño de los partidarios de un socialismo autoritario en proponernos sus "paraísos" de tipo soviético, chino o cubano con una especie de fatalismo risueño— creo que mi posición es muy clara: ayudar a aquellas fuerzas que, en los países industriales de Occidente entre los que figura España, luchan por una transformación político-social desde una perspectiva socialista y libertaria; apoyar la necesaria revolución política que acabe con las burocracias totalitarias del Este; sostener, en una primera fase, los regímenes socialistas autoritarios del Tercer

¿cuál es el balance respecto a esta iniciativa revolucionaria?

— La experiencia de mayo del 68 fue para todos los que la vivimos muy impresionante: la ruptura de los viejos esquemas políticos, la irrupción de una nueva problemática. Para comprender la explosión que se produjo hay que tener en cuenta la convergencia de dos elementos de signo distinto en el marco de una situación económica excepcionalmente favorable: Europa vivía en pleno boom, a mil leguas de la situación actual de crisis del capitalismo, en la que la dureza de la lucha por la vida suscita la angustia de perder el empleo, el miedo al paro y hace que la clase obrera, e incluso un gran sector de los universitarios, vacilen mucho antes de decidirse a acciones de tipo radical, contestatario. Había por un lado el movimiento estudiantil, secundado por la mayoría de la juventud e incluso



Mundo en la medida en que su esquema —que de hecho es una solución de facilidad— favorece el progreso del pueblo: una vez logrado este objetivo, cuando el motor se convierte en freno, extender a estos regímenes los planteamientos y exigencias del comunismo libertario. Actuando así, a cuerpo descubierto, sin obedecer a consideraciones ni cálculos de oportunidad, no hay que temer hacer el juego a la derecha: quienes ayudan a ésta son, al contrario, los que se obstinan en imponer a las sociedades avanzadas modelos retrógrados, opresivos, que actúan en la práctica como un verdadero espantajo.

— Cerrando esta cuestión hay una pregunta casi obligada y son los diez años que nos separan, la década prodigiosa de los "nuevos" 70, de aquel mayo francés,

muchos obreros jóvenes, y por otro, la clase obrera tradicional, cuya acción instantánea y masiva, al margen de sindicatos y partidos, constituyó el factor sorpresa, con el que nadie contaba. Pero estos dos movimientos eran divergentes, aunque su choque provocara momentáneamente el chispazo. Los estudiantes, hijos de la burguesía y capas intelectuales, se elevaban contra el consumismo embrutecedor, el dogma aberrante de la industrialización, el trabajo alienado en nombre de una concepción de la vida más libre y espontánea: enarbolaban la bandera de Bakunin. La clase obrera, en cambio, como los líderes políticos y sindicales descubrieron en seguida con alivio, no contestaba en bloque el modelo de sociedad de consumo, sino que, encauzada y azuzada por aquellos, reclamaba una mayor

participación en los bienes de dicha sociedad: sus reivindicaciones eran de contenido socialdemócrata, remitían a Bernstein. Dentro de este doble esquema, Lenin no aparecía por ningún lado, como no fuera en la retórica fiambre del PCF y algunos grupos trotskistas o maoístas que, con retraso y a contrapelo, intentaron recuperar el movimiento. La revolución se frustró en el instante mismo en que la CGT y Marchais aceptaron negociar con el gobierno mejoras salariales. Pero lo que caracteriza precisamente la dinámica de Mayo es la irrupción de una problemática que, en lugar de reducir el ser humano a la esfera económica abarca la totalidad de componentes de la vida social: nuevo status de la mujer, liberación de la esclavitud del trabajo, derecho a la felicidad. Bajo este concepto, puede decirse que mayo del 68 marca el retorno de Bakunin, el resurgir del pensamiento ácrata. Hoy estos temas están a la orden del día en las sociedades industriales de Occidente, y los partidos políticos se ven obligados a tomarlos en consideración en sus programas.

— Tras haber elegido una determinada identidad(1) y a través de este prisma realizar una revisión crítica del contexto histórico.(2) Para asentar las bases de un nomadismo ético(3) (que implicara a su vez una nueva estética de la escritura): la repulsa ante la jerarquización y las normativas de poder. En la última página del *Juan sin Tierra* optas por quedarte "del otro lado de la tapia, con los parias, afilando el cuchillo". Y a partir de aquí, los textos que has dado a conocer,(4) si bien suponen una exposición parcial, fragmentada (y hasta insuficiente) de la obra que estás preparando, expresan una severa actitud de desaprendizaje: *Xemaa-el-fna* es el ágora: un espacio poblado de gestos, provocación y espectáculo incruento, pero no menos grotesco, del cazador cazado: "merienda de blancos" (escribes); merienda de la ortodoxa cultura occidental (puede interpretarse). Propuesta revolucionaria que exige una interpretación activa del rapso, haciendo del habla vehículo de la literatura, en la que el oyente, incluso no alfabeto, participa y protagoniza. La lectura del espacio en *Xemaa-el-fna* parece estar evocado bajo el lema: "destruam et aedificabo", en su acepción más amplia...

— *Juan sin Tierra* ha sido objeto de una viva atención crítica en España y fuera de ella: algunos ensayos incluidos, por ejemplo, en el volumen de *Espiral* me parecen excelentes. Pero lo que me ha llamado más la atención es el hecho de que nadie hasta ahora haya emprendido una lectura política del libro, siendo así que estimo que se trata de la obra más política que he escrito o, si quieres, metapolítica: todos los problemas que acabamos de discutir son ingredientes esenciales de su estructura. La necesidad de una revolución de tipo bakuniano; las referencias a Marx, Lafargue, Fourier; la propuesta de una sociedad estrictamente igualitaria, fundada en la inversión del binomio culo-cara; el rechazo del trabajo alienado; la reivindicación del cuerpo, asumida en su aspecto más material y "bajo"; el excremento; la abolición de clases y jerarquías de

poder, en cuanto los que desempeñan temporalmente funciones públicas, carecen de rostro, sólo son conocidos por sus posesiones, etc. — todos estos elementos forman parte de una propuesta revolucionaria global.

Cualquier lector atento encontrará una radiografía de los mecanismos sadomasoquistas del poder (de ahí mi referencia a Lawrence) o un análisis de la función represiva de la sociedad, con sus criterios normativos, respecto a la escritura libre, a-normal, descondicionada (en este último punto, la vertiente ácrata no es la comunitaria sino la individualista, la de Stirner).

Estos ingredientes aparecen muy mezclados con otros y están sometidos a las exigencias e imponderables del discurso narrativo; pero *Juan sin Tierra* es un texto literario, y hay que aceptarlo como tal. Cuando lo escribí, Franco vivía aún, no había espacios de discusión y, una propuesta como la mía, traducida al lenguaje estrictamente racional del ensayo, no cabía en el estrecho marco político de aquellos años, no ya en el campo de lo tolerado por el régimen, sino de lo admitido por la oposición. Para decir lo que quería decir debía recurrir a un lenguaje nuevo. La novela fue el producto de esta estrategia de la invención.

— El lenguaje como fuente de placer es el resultado de la subversión más profunda respecto de su función utilitaria, pero a la vez, ¿no queda excluida de la escritura su calidad más somática, más lúdica, lo gestual?

— Te confesaré de entrada que esta expresión empieza a resultarme bastante cargante. Ultimamente, se ha invocado lo de "la función lúdica del lenguaje" para encubrir tantas chapuzas y engendros irresponsables que ello exige manejarla con cautela. Hoy día, casi todas las monas de nuestra literatura nacional han dado por vestirse con sus sedas, y el cuadro que ofrecen es realmente penoso. En realidad, evocar el elemento lúdico de la literatura debería ser una perogrullada. Nuestros clásicos, desde Juan Ruíz y el Arcipreste de Talavera hasta Cervantes, jugaban con el lenguaje con la misma naturalidad con la que comían, jo-

dían o defecaban: sin hablar de ello, en razón de su misma evidencia. La función sensual, de fruición estética — que distingue el código literario de los restantes lenguajes comunicativos — entró en crisis en el siglo XVIII que fue, como sabemos, en España, un siglo funesto, literariamente ando. Con la Ilustración se introduce entre nosotros un lenguaje racional, serio, reductivo, estreñido, que purga la "realidad" de un conjunto de factores que formaban parte de ella; se introducen unos criterios utilitarios fundados en un optimismo ingenuo, en la creencia de ser la literatura un instrumento para mejorar las condiciones de vida del hombre en la sbkad. La culminación de esta tendencia la encontramos en Lukács (versión inteligente) y Zdanov (versión esquemática y basta). La mejor literatura en lengua castellana del siglo XX se esfuerza en entroncar con el lenguaje literario anterior; pero, para que dicho esfuerzo de buenos resultados, pienso que debe evitar ser demasiado explícito. Muchos de los que pavonean de lúdicos parecen más bien paralíticos empeñados en ejecutar tristes ejercicios de acrobacia.

— Para terminar quería preguntarte una cosa, aunque resulte tópico, y es ¿qué supone escribir para tí?

— No te puedo responder, porque es como si me preguntaras qué es para mí comer o hacer el amor. Simplemente escribo, y procuro hacerlo bien. Para ello hago lo contrario de nuestras glorias. Mientras éstas suelen tomar sus personas muy en serio en vez de tomar a pecho su propio trabajo, yo hago éste con todo el rigor que puedo y trato de tomarme a mí mismo en broma. Me inspiro para ello en la vieja sabiduría popular. Como decía la estupenda mujer que me crió: "tu caca huele como la de los demás".

Notas

- (1) Juan Goytisolo. "Señas de identidad". Seix Barral.
- (2) Juan Goytisolo. "Reivindicación del conde don Julián". Seix Barral.
- (3) Juan Goytisolo. "Juan sin tierra". Seix Barral.
- (4) Juan Goytisolo y otros. "Avances". Fundamentos.

